

# MIEDO

Sebastián Celtigar



# Capítulo 1

## I

Miro la plaza desde la ventana de mi oficina. Veo como todos disfrutan de una tarde de verano. Quisiera despejar mi mente en aquel colorido lugar. Sólo para escapar de la asfixiante habitación que llamo por oficina. Dejar atrás las miles de facturas y documentos que se amontonan sobre mi escritorio. Escapar de las sonrisas y abrazos falsos que me regalan mis compañeros de labores. Huir de la rutina que me esclaviza en los tiempos modernos.

Tengo suficientes razones para querer estar ahí. Pero no puedo, no me atrevo a poner mis pies en aquel histórico lugar. No puedo por el simple hecho de que ellas están ahí.

Acostumbran a andar solas o acompañadas. Buscando migajas de comida que ha votado la gente. Las más tímidas dudan de su actuar, se acercan de a poco a lo que posiblemente podría ser su comida, y suelen esquivar torpemente a toda persona que pase a su lado. En cambio las valientes, no temen en rozar sus alas con la cabeza de algún transeúnte; y no dudan en acercarse a quien tiene comida en sus manos.

Durante todo el día deambulan por la plaza. Luciéndolo su plumaje gris con manchones negros. Mirando con esos ojos inexpresivos color carmesí, el lugar en donde poder picotear. Pueden estar todo el día tratando de saciar su hambre, pues a ellas el tiempo les es indiferente. Busca la comida entre las bancas, las grietas del concreto, y en los basurales.

Durante muchos años pensé en el <Por qué> de mi rechazo a las palomas. Siempre me cuestioné porque sudaban mis manos al estar cerca de ellas. En mi caminar errático al sentir que una se aproximaba. O en la angustia que carcomía mi pecho al tratar de espantarlas y ver que no volaban asustadas. Mi miedo no lo podía superar, más aún, si mis compañeros hacían mofa de mi problema. Me susurraban al oído "currucucu", o inventaban que una parvada venía atacarme.

Con el tiempo el miedo fue quedando atrás. De a poco fui haciéndome la idea de que la paloma era un animal inofensivo. Nadie moría por tener contacto con ellas. A lo más podían hacerme pasar vergüenza, asustándome o votando sus desechos sobre mi cabeza.

Un día encontré la raíz de este problema. Recordé a un borracho simpático que vivía en la cuadra. Una tarde, golpea la puerta de mi casa, y mi madre sale a recibirlo. El borracho muy amable dice que le ha traído un regalo. Ella se llena de felicidad, y sin saber de qué se trataba, aceptó el presente. Pero su felicidad se acabó al instante al darse cuenta que una cabeza emergía de las manos del borracho. Mi madre, que tenía sus manos estiradas, no fue capaz de sostener al ave, tuvo un rechazo instantáneo al sentir el roce de las plumas en sus manos. Así que paloma voló como enferma por todo el comedor. Sus alas revoloteaban y golpeaban con fuerza el techo de mi casa con el fin de escapar del lugar. Mi madre, que no sabía qué hacer, tomo una escoba y trató de corretearla, sin lograr tener éxito. Al cabo de unos minutos la paloma cayó rendida, murió por el cansancio y la desesperación. Yo por mi parte, estaba acostado en el sillón, cubriendo mis ojos con un cojín de felpa. Los gritos y los golpes formaron una escena caótica. Algo que jamás había experimentado a tan corta edad.

Siempre pienso en las palomas como uno de mis pocos miedos. Antes lo podía comprender, tan solo era un niño asustado, que no podía sacar de su cabeza la desesperación del ave por tratar de escapar. Pero hoy, ya grande y con mis ideas resueltas, sigo cuestionado mi rechazo. He llegado a pensar que es envidia. Las palomas pueden desplegar sus alas e ir al lugar que quieran. No viven preocupadas del tiempo, ni mucho menos se estresan por no tener que comer. Ellas solo viven así porque es su naturaleza. En cambio yo sigo aferrado a una rutina, pienso en mi pasado, e imagino el mañana. Porque el tiempo para mí no es indiferente, y el armar un caos en mi cabeza parece ser mi naturaleza.